

Plato vivo
y otros relatos eróticos

Plato vivo y otros relatos eróticos/ María Eugenia Moldero
–1ª ed. Buenos Aires, 2016–

ISBN 978-987-1586-86-8

© María Eugenia Moldero
© Huesos de jibia
colección la falena (otras narrativas)

Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.

www.huesosdejibia.com.ar
www.huesosdejibia.blogspot.com.es
www.facebook.com/editorial.hdj
huesosdejibia@gmail.com

Edición: Walter Cassara
Diseño: Pedro Giraldo
Ilustración de tapas: © Sarah Jones

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

MARÍA EUGENIA MOLDERO

**Plato vivo
y otros relatos eróticos**

DE LOBOS GLOTONES Y LECTORES VORACES

por Fabián Yausaz

*A ella le pareció como cuando en los sueños
se cae al abismo.*

MAROSA DI GIORGIO

En la versión más antigua de Caperucita, el lobo asesina a la abuela, troza su carne y vierte su sangre en una botella de vino. Cuando la joven da cuenta de la merienda, el lobo exclama: “¡Cochina! ¡Has comido la carne y has bebido la sangre de tu abuela! Desvístete y métete en la cama conmigo”. La versión de los hermanos Grimm mutila la antropofagia y el erotismo para transformar la historia en un insulso relato de final feliz. No faltan razones para sentirse menos niños expresa un Pinocho adulto, mentiroso e iletrado y revisa su infancia en la que no faltaron la desobediencia, el engaño y el parricidio. *Plato vivo y otros relatos eróticos* me recordó que volverse adulto implica, entre otras cosas, dejar de creer que los leñadores salvan a heroínas de cuento.

La autora de este libro sufrió la palabra justa con un chorrillo de crueldad y rehoga la mezcla realizando el movimiento sutil de la frase breve. Luego, cuando el preparado comienza a volverse transparente, sazona con una pizca de sentido del humor y simbolismo onírico. Estos platos vivos despertaron en mí la glotonería de un lobo, cuando terminé de leer sentí la necesidad de la culta siesta. Me llevó un buen rato realizar la digestión.

El menú del día de este libro ofrece una entrada, dos platos y postre. De entrada “La vida oportuna”: estos relatos usan los anteojos de ver de cerca los sueños. Narraciones que combinan recetas musicales y silencios de desamor. Culebras que cosquillean entre los ovarios, el encuentro erótico como una forma ritual de devoración, cuerpos de amantes que se escurren y delfines que zangolotean sus miembros frente a esposas nadadoras, son algunos de los condimentos de este tentempié. De primer plato, “Ritos cotidianos”: aquí los protagonistas son los sentimientos que nos despiertan los animales domésticos; perros que roban calzones, hijos que vuelan de noche o palomas que se desuellan a picotazos. En definitiva, la ficción tamiza lo que ya sabemos: no somos menos animales que nuestras mascotas. De segundo va “Inventario fugaz”, breves historias de mujeres cortadas, fileteadas, fotos femeninas que intentan capturar con una imagen el misterio de una persona. De postre se ofrece “Gente de palabra”, relatos que revisitan la lectura y

las lecturas. Una abuela antropófaga, un Pinocho cínico y Bellas que quieren creer que lo parejo no garantiza el amor y descubren que lo desparejo tampoco. Leer es deshebrar. El último sabor que nos dejan estas historias (antes del café o el pucho) es que cuando estamos aturcidos, el único amante que queremos llevar a nuestra cama es un libro.

Los relatos de este libro, por momentos, me hicieron desear al leñador salvador que me sacara del oscuro vientre de un lobo. Vana ilusión, la lectura difuminó este deseo hasta transformarlo en vapor de ganas. Mientras leía recordé que la primera versión escrita de *Caperucita Roja* perteneció a Perrault, quien cierra su texto con una moraleja, quizá pueda leerse la siguiente moraleja en *Plato vivo*: los únicos consuelos para sobrellevar la oscuridad lobuna son la buena mesa, el erotismo caníbal y la lectura voraz.

1

LA VIDA OPORTUNA

Apología

Mi prima se enamoró de un delfín joven. Ella es tan inteligente. Él lo mismo.

No sé cómo se explican, se entienden a su modo, en lenguaje peculiar. Su decir es íntimo, ínfimo. Las palabras son confusas. Prefieren pensarse mucho y mirarse francos, qué más.

Ella es medalla de oro pecho y espalda. Él zarandea su bello miembro de muchacho sin pudores ni rencores. Sus amores son privados, líquidos.

El festejante envuelto en brillo da brincos, reclama con la sonrisa ancha, trinos de mar. Le llamamos Galant, su nombre artístico. La familia muy en contra.

Renunció al trabajo y se unirán en Brasil. Me han invitado, seré dama de honor. Practicamos durante el viaje. *¿Quién entrega a la novia?* dirá la piraña en portugués. Ahí intervengo.

Remontará las aguas el novio pez, dado al mar tanto como al río. Él, todo caudal ahusado, lisura puntuda, aleta luciente. La familia puso el grito en el cielo.

Un cardumen regio aguarda en Manaus para hacer cortejo: entre seis y diez ejemplares acuden al buque a preguntar si voy o si me quedo. Diestros en sumersión, esperan mi llegada con cara de tentados, atragantados de risa, para disipar la tormenta. La familia, indignada hecha una furia.

La corte pluvial me incita. Los amigos apolíneos, como surtidores, explotan en gárgaras, resoplidos. Agua la boca. Después de la celebración prometen ponerme salva en la costa, eso me digo. Eso diré.

Pregunto cómo comunicarme para no tener líos. Dice mi prima tan campante, que el camelo es de rigor, por ello me convoca. En la plática aconseja socializar con ojos, ideas, simpatía, cuerpo en movimiento. Y que cundan los amores.

Ella va por tierra, hasta donde el Río Negro encuentra al Solimões. Y yo a su lado.

Este verano a fines de marzo, habrá confluencia. Mi prima se unirá para tener ciento dieciocho años de júbilo. Así lo participa. Nadará al encuentro de presagios de buen tiempo, de amor abundante, de carne sabrosa. Con tocado de tul. Yo, de traje de dos piezas. Estoy presta.

Adyacencia

Mi vecina recibió al amante un poco tarde. Se visitaron. Antes de la partida, se oyó al marido. Ella plegó al amante y lo metió en el mueble del televisor. Ordenó las colchas, abrió la ventana. Se peinó y se pintó los labios. Llegó el esposo y destendió la cama para ver un programa. Se lo oía reír.

—Ven, bella. Ven a ver qué patán más divertido. El amante en la pantalla hacía morisquetas para salvarse.

El esposo quedó dormido sin estorbar mucho a su señora.

El amante salió con sigilo.

De tanta agitación la vecina quedó encinta, y al tiempo parió tres: una niña estólida que reía todo el tiempo, y dos varones competentes que se daban coces ya desde el vientre y hacían llorar a la tercera.

Monacales

Del convento pidieron masajista con urgencia. Una monja se había quedado tiesa. Llegó uno especial, con untos de olor. La monja, de incalculable santidad, toda paños y pliegues, resistía la mano experta. Encarnizados pasaron desde la mañana hasta la tarde. Él gastó sus yemas tratando de desarmar una cebolla que se deshacía y rehacía en capas y más capas. Ella oraba en silencio para alejar al cristo aromático. Se separaron contritos: ella con el hábito ultrajado; él, mocho y beato.

Rastros

A lo del zapatero llegó su hijo ciego y me pidió casarnos.

—Está muy enamorado —aseguró su padre.

—Pero si no me ha visto nunca —objeté.

—Le ha tomado afecto por su bota. La tocó por dentro y pudo conocer más de su persona que usted misma. Aproveche su cariño.

Huí descalza. Mis plantas azotaban el suelo.

De cuerpos gentiles

¡Caramba con las hijas! Le he prestado un gabán a la mayor, que se ha puesto redonda por los flancos. Hizo su real gusto, se vistió de lo mío. Ay de mi hija, ¡qué habrá hecho del abrigo que lo trae tan enloquecido, que no puedo dejarlo quieto sin que amague arrumacos! ¿Esta moza no lo habrá enamorado, que está tremendo, que le da por suspirar si pasa alguien bien parecido? Y es que me pone tan nerviosa.

La mayor, ¿qué se trae? A las madres no se les oculta nada. No es normal que un abrigo largue pelos. No es normal que me resople encima. No es normal que huela dulce y picante. Quise limpiarlo, y el mismo tintorero se quejó, pues ni bien sacado de la tumbadera con solventes, no va que el gabán empezó a girarle y regirarle alrededor hasta estrujarlo del talle casi intimándolo, y el hombre tuvo que recurrir al fuste con que se ayuda a remover los tintes para apartarlo y castigarlo.

Que hable la niña. ¿La desvistieron, y fue con él al cuerpo, y lo impregnó de ardor encamotado?

Bien sabe lo que le conviene, que no lo deje así transido. Que vaya como antes, lo ventile, lo haga desahogar y me devuelva la prenda en paz. Pero hasta entonces, ni sé qué hago, con él merodeando, ondulante. Temo un ataque, se rabea.

Que deje de florearse con lo ajeno esta moza. ¿Acaso espera ponerme vehemente el guardarropa entero?

Y es que me pone tan nerviosa.

Hospitalaria

Fui hasta el pabellón para ver a mis hermanas. Un interno se prendió de mi brazo.

—Sé mía, casémonos doncella, sin libelos —me dijo.

Las chicas me hacían señas para que aceptara, para que disfrutara, para que hiciera caso.

El insensato enamorado no me conocía. Yo no quería matrimoniar. Luego me abrazó:

—Vivamos en mi linda hacienda, con toda la estirpe. Y cuando lleguen los hijos, verás... verás...

Me arrimó un camisón raído, algo claro y largo, como él.

—Acícalate para mí —dijo estirándolo con sus brazos para rodearme al mismo tiempo.

Huí de su castillo. Ni siquiera pude escribirles a mis hermanas. Y no he vuelto.

Camouflage

Visto pieles. Los hombres se complacen en mi pelaje de selva. Palpan para descubrir huecos en mi mata de pelos. Me acarician y se quitan la ansiedad al hundir las yemas en mi sedosidad resistente. Gustan de hincar mi piel compacta, de separar hasta hacer contacto con lo claro y blando.

Emito una protesta que sale gruñido. La tensión concentrada en la punta de la cola marca los instantes que distan del ataque.

Todos quieren deslizar la mano hasta donde llegue. Estar en grupo los tranquiliza. Dejo hacer. Los huelo, los oigo, no los siento. Mis pieles muertas son un grueso cobertor; las manchas pardas, solo tintes y adornos, camouflage.

Desde dentro de la piel, soy los ojos que ven la falsa fiera acariciada por la avidez ajena. Excitados de miedo, hesitan. Acaso asomen mis garras.

Plato vivo

Era de noche.

Bailábamos una danza cadenciosa, única. Primero lo besé muy profundo. Me ceñí a su cuello. Nunca tan marcial el escarceo. Fascinado en mis brazos, tuvo un atisbo de pavor en ese último instante. Empecé por su cabeza exquisita, los ojos que me vieron por última vez, su boca: mi placer, su amenaza. Me abandoné a mis mandíbulas.

Lo demás fue pensado, elegido con dedicación. Ante la imposibilidad de fagocitarlo, mastiqué su sexo, su vientre, su mano, algo de sus espaldas. Los hice míos. Hasta que me sacié.

La contienda erótica. Sin aliño.